

Una novela

The background of the cover is a painting of a figure in a white, flowing dress and a large, dark red, conical hat. The figure is walking through a field of tall, golden-brown grass. The sky is a mix of grey and brown, suggesting a cloudy or overcast day. The overall mood is mysterious and somber.

**FELIPE  
CÁRCAMO  
DÍAZ**  
La desaparecida

Felipe Cárcamo Díaz

# La desaparecida

una novela

Copyright © 2017 por **Felipe Cárcamo Díaz**

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, sin previa autorización por escrito.

Nota del editor: Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares son un producto de la imaginación del autor. Los lugares geográficos y nombres públicos a veces se usan para propósitos de ambientación. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con eventos, instituciones o localidades es completamente coincidencia

Book Layout © 2017 [BookDesignTemplates.com](http://BookDesignTemplates.com)

**La desaparecida/ Felipe Cárcamo Díaz.** -- 1st ed.

## Epigraph

Living is easy with eyes closed.

**\_THE BEATLES**

[Table of Contents](#)

[Epigraph](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

## Capítulo 1

Dicen que las pesadillas son premoniciones de la mala suerte y la desgracia. Algo así como cruzarse con un gato negro o quebrar un espejo. Soy escéptico en cuanto a cuestiones esotéricas y espirituales como esas, pero debo confesar que comienzo a tener mis dudas. Por meses que me persigue el mismo condenado sueño y ya empiezo a creerlo como una maldición; o quizás si es cierto lo que dicen; que algunas personas son un verdadero imán de la mala suerte.

Sueño que es una tarde de lluvia, en un congestionado Paseo Ahumada, Cloe camina a paso ligero, casi trotando, sorteando los peatones que transitan de prisa y corriendo. La reconozco a pesar de que va cubierta de pie a cabeza; sombrero Fedora, bufanda de cachemira, impermeable hasta los tobillos, guantes de cuero. Le pegó un grito al tiempo que me hago paso entre la gente lo más rápido que puedo. Me parece que voltea a mirar quién la llama con tanta urgencia, pero no encuentra mis ojos, ni ve mi mano agitarse sobre mi cabeza; tampoco la detiene mi voz. Eso me duele inmensamente. Finalmente, cuando la alcanzo, le tiro del hombro para voltearla, pero el contacto la hace desaparecer.

Con mi mano examino el lado derecho de la cama esperando tocar el cuerpo de mi mujer dormida, pero solo palpo las sábanas frías. Cloe se ha ido a trotar. Hace un tiempo ya, diría unos seis meses, que sale a correr por las mañanas. El clima no la desanima en lo absoluto: el frío no la deprime; el calor la estimula. Dice que necesita mantenerse en forma. Honestamente creo que correr es solo un pretexto para arrancar de nosotros, una suerte de metáfora si se quiere, para evitar mirarme a la cara y desviar la atención

de nuestra complicada relación. Me entristece el pensamiento de ella *jogging* como si escapara. Quizás yo también debiera hacer cambios en algunos de mis hábitos. Pero simplemente no puedo hacerme el ánimo. Además, no tengo tiempo. Estoy ocupado con mis clases en el colegio, preparando lecciones, evaluando tareas. Encima de eso he tomado otras responsabilidades como el club de inglés y una tutoría particular los miércoles y jueves. El fin de semana solo quiero descansar; dormir, leer, ver algo de fútbol por televisión.

Odio despertar sin Cloe. Tomo mi celular y miro la hora. Son las nueve de la mañana en punto. Hay un mensaje de voz de mi hermano Javier. Seguramente me ha llamado para recordarme que el lunes almorzamos en el Liguria. Me levanto de la cama. Necesito un café. Cloe no regresará hasta en unas horas más.

Cloe se hubiera molestado si me viera comiendo tostada y tomando café en la sala. Para ella cada ambiente en el departamento cumple un propósito; el comedor es el área asignada para comer, la sala de baño para asearnos; el dormitorio para descansar; la sala ¿para relajarse? No recuerdo. Cloe no está para increparme. Ahora es el silencio que toma su lugar llenando los rincones del departamento. Decido abrir las ventanas y así dejar entrar la bulla. A lo lejos se puede oír el tráfico de un sábado por la mañana. Leo en una vieja edición de *El Mercurio*, en la sección policial, *Asesinato doloso en Algarrobo*. Un hombre de mediana edad, identificado como Roberto Pérez González es el responsable del asesinato de su pareja. La víctima: Mónica Rosas, una joven de tan solo veinte años, estudiante de periodismo de la Universidad de Chile. El cuerpo fue encontrado sin vida en la orilla de la playa *El Canelillo* a eso de las 7 de la mañana del día jueves 23 de agosto. Se cree que González la ahogó en el mar. El motivo todavía se mantiene incierto, pero se sostiene, con casi absoluta certeza, que podría deberse a un ataque de celos. Imagino al tal Roberto

González estrangulando a Mónica Rosas, hundiéndola, gritándole puta; Mónica peleando por su vida, resistiendo con todas sus fuerzas hasta la extenuación, e inevitablemente la muerte.

Había leído en una revista de ciencia y salud, seguramente en la sala de espera de una clínica dentista, mientras esperaba por mi turno, que existe un fuerte vínculo entre el estrés y el insomnio. Aunque no recuerdo con claridad la premisa del artículo en cuestión, no se me olvida su título sugerente, las enfermedades del hombre moderno. El cansancio de tener un trabajo a tiempo completo, y sin duda alguna ese frustrante sentimiento de no dar con una manera de empezar a llevarme mejor con Cloe son motivos suficientes para no dormir. Cuando era chico sufría de insomnio. Mi madre no quería medicarme de modo que prefirió remedios homeopáticos para tratar el problema: aceites y té de hierbas. Mientras frotaba aceite de lavanda en la planta de mis pies y me daba té de manzanillas a cucharadas, me preguntaba si había algo que me preocupaba. Para ser sincero, siempre había algo que me tenía inquieto, ya sea esa ansiedad de mantener la "excelencia académica" como le gustaba llamarle mi padre y que exigía de nosotros, mi hermano y yo, con la misma importancia con el que exigía de sus empleados el cumplimiento de sus funciones; él no veía como un problema de cumplir porque era nuestra única responsabilidad y tal vez tenía razón; también estaba esa apremiante necesidad de adaptarse, de encajar con los compañeros y las niñas. Aunque jamás le confesé a mi madre ninguna de mis preocupaciones, estoy seguro de que ella las intuía. No recuerdo si los masajes en los pies o el té de manzanilla ayudaron en algo; sospecho que sí. Mi madre también sufría de insomnio; el de ella era crónico y lo trataba con pastillas; su motivo era uno solo: la infidelidad de mi padre.

Últimamente mi cabeza parece estar programada como la alarma de un reloj para despertar todas las noches a las



2:30 de la mañana. Hubiese preferido sufrir de acidez crónica, o tener una úlcera péptica que vivir sin dormir. La falta de sueño me pone de mal humor, ¿a quién no pondría irritable? Después de cenar algo como a eso de las once de la noche me voy a la cama. Duermo por algunas horas sin problemas. Luego, despierto otra vez. Toda la cuestión parece una escena sacada de un cuento de Kafka. Trato de volver a dormirme, pero es inútil. Me quedo mirando la hora en la pantalla de mi celular, los números fosforescentes quemándome los ojos, y yo recordando cuando mi madre frotaba mis pies con aceites.

Es lunes. Cloe se viste parada enfrente de la ventana que da a la avenida Irarrázaval. Siempre me ha llamado la atención esa peculiaridad de ella. Es como si el gesto la inspirara en una extraña manera. Cuando se lo pregunto en un tono burlesco, responde diciendo que no todo lo que hacemos en la vida debe tener un motivo lógico. No la contradigo. Mientras la miro arreglarse evoco la primera vez que dormimos juntos. Éramos dos jóvenes ingenuos, llenos de esa energía desbocada de la edad. No podíamos quitarnos las manos de encima. Fue una tarde de otoño, comienzos de abril. Mis padres estaban en Argentina en uno de esos pequeños viajes de tres días que hacían cada dos meses. Ignoraba dónde Javier podía haber estado, aunque sospecho que en casa de uno de sus amigos. Cloe y yo pasamos todo un domingo juntos sin salir de la cama. Cuando nos cansábamos de hacer el amor, veíamos películas por cable. Solo nos levantábamos para ir al baño o para bajar a la cocina a comer algo. Fue un día silencioso o simplemente no recuerdo que nos hayamos dicho nada importante excepto que nos amábamos estúpidamente. La noche finalmente llegó. La pieza en tinieblas. Cloe se levantó de la cama, su piel todavía tibia y húmeda, recogió su ropa del suelo, caminó hasta la ventana y mirando la ciudad se vistió sin prisa.

Ver su espalda desnuda me excita. Ese entusiasmo, sin embargo, se apaga rápidamente. Ya han sido meses que no hacemos el amor. Hablar de nuestra inexistente vida sexual sería masoquismo. Lo daré por entendido. Le extraño. Las noches me las he pasado pensando en qué momento todo se volvió en un infierno. ¿Cómo nos convertimos de dos personas que se aman a dos extraños que se odian? Nuestras peleas se han vuelto más hirientes y no sé cuánto tiempo más podré soportarlo. Estoy exhausto. No imaginé lo difícil que lo nuestro sería. Lo único que me importa ahora es que volvamos a necesitarnos con la misma urgencia de aquella tarde cuando hicimos el amor por primera vez. Anoche tuvimos otra discusión. Según Cloe me irrita con facilidad. Yo lo niego. Me considero un tipo que puede controlar sus emociones. Hay sin duda ciertas actitudes que me lastiman como por ejemplo su pobre disposición a sencillas interacciones de pareja; cosas que solíamos disfrutar en otro tiempo antes que la relación se desgastara y terminara por distanciarnos; compartir una comida, dar un paseo, mirarnos fijamente, reírnos de idioteces, hablar de trivialidades, hablar de nada en particular. Simplemente hablar. El resquemor por ejemplo que me causa su obsesivo apego al trabajo; comprendo muy bien que su carrera es importante, pero estoy celoso de sus reportes de contabilidad y la atención que se lleva su computadora. Hemos aprendido a convivir en ese silencio incómodo que produce el resentimiento.

Son las 6:38 de la mañana. Finalmente, me levanto de la cama, doblegando la desmotivación y el cansancio. Llamo a la puerta del baño con unos golpecitos y le pido a Cloe que me deje entrar. Todavía está indignada. Puedo oír sus quejidos de rabia. Me putea y me fustiga por los remedios que olvide comprar en la farmacia. Ha sido mi culpa y lo acepto, pero parece que reconocerlo no es suficiente. Le suplico que se comporte como un adulto, y le explico, que los atrasos no son bien vistos en ningún lugar de trabajo ni

mucho menos en el colegio donde la puntualidad es un deber absoluto. Le repito mis disculpas, tal como lo he hecho anoche, pero ella me manda a la mierda. Quizás siente que no soy genuino. Me resigno y salgo del departamento de mal humor, apurado, sin ducharme, con la corbata sin hacer colgándome del cuello y con un presentimiento que será un día maldito.

Llego al colegio con diez minutos de atraso. Patricio Rojas evidentemente molesto ya me espera en la puerta principal. Cuando me ve llegar, corriendo y con el aliento hendido, me da instrucciones de pasar a su oficina antes de que me dirija a mi primera clase. Le digo que voy enseguida.

Rojas es el director académico del colegio Saint Paul. Un hombre pequeño y enjuto. Lleva anteojos sin marcos que limpia incansablemente con el bolsillo de su delantal. Cuando se los quita para limpiar los cristales, sus pequeños ojos cafés desaparecen. Los estudiantes bromean diciendo que parece un insecto.

Toco la puerta y llamo con un tímido *sir* Rojas. Los estudiantes deben dirigirse a los profesores como *sir* y *miss*. Entre profesores se espera el mismo gesto de respeto, aunque la mayoría ya se tiene la confianza de sobra para llamarse por el primer nombre. Rojas me hace pasar y me invita a tomar asiento. Permítame tan solo un momento dice mientras examina unos papeles que tiene esparcidos sobre su escritorio. Después de estudiar uno por uno cada documento, Rojas toma su pluma *Montblanc* y escribe algo que no alcanzo adivinar. Muy bien dice finalmente. Se quita los anteojos y los pone cuidadosamente sobre la mesa. Me da una mirada grave. Me va a dar malas noticias pienso.

–Quiero disculparme por llegar tarde. Un problema personal –digo.

Rojas asiente.

–*Sir* Díaz, últimamente he recibido quejas de los alumnos de que usted anda distraído, como perdido. ¿Está usted

bien?

Mientras lo miro con detención tengo el impulso de confesarle la verdad, que siento como que han tirado la alfombra de certeza de debajo de mis pies. Mi esposa y yo estamos teniendo algunas diferencias. Y hoy para peor me siento traicionado por mis propios alumnos. Soy demasiado tímido para decir nada y miento.

–Estoy bien. Le agradezco su preocupación.

–Debo ser sincero. Yo también le he notado algo distante. Distante con los profesores. Pero si usted dice que no le pasa nada le creo. \_

Asiento. \_

–Algo más me gustaría decirle.\_

–Diga.\_

–Le parece que comprima un poco el largo de sus pruebas.

Rojas forma con las manos una caja pequeña en el aire.\_

–¿Cuál es el problema?\_

–Solo que las haga un poco más cortas. Un apoderado me enseñó una que usted dio hace unas semanas atrás y tuve que concordar con él en que efectivamente era demasiado larga.\_

No digo nada. Evito el impulso de traer el discurso desgastado de la generación perdida que el sistema de educación y el colegio están fabricando. Una generación de estudiantes tan estúpidos e inútiles como toda la lógica, absurda ocurrencia de la directora, por cierto, de no dejar a nadie atrás académicamente. Me gusta fascinarme con la idea de que estoy inspirando a mis alumnos. Al parecer eso tampoco está funcionando. \_

–Haré lo posible –digo. \_

Rojas asiente con una sonrisa gentil.

–Y, por favor, trate de llegar antes de las ocho.

Le agradezco su tiempo con un dejo de cinismo. ¿Acaso no le acabo de decir que había tenido un problema perso-

nal?

Estoy solo en la sala de profesores. Por la ventana que da a la avenida Walker Martínez veo el cielo nublado de Santiago, esa mezcla gris de smog e invierno. Mientras espero por mi siguiente clase hojeo el diario. Todavía no logro adivinar quién es el profesor que compra Las Últimas Noticias. Mis sospechas recaen sobre el sir Herrera, el profesor de educación física: sus comentarios y opiniones sobre la farándula chilena en cada conversación son una convincente prueba.

Respiro profundo tratando de capturar el aroma del café instantáneo que flota en el aire. En mis años en la universidad lo bebía peligrosamente cargado y asquerosamente azucarado; una adicción barata que me ayudó a sobrevivir los cientos de vigias de estudio.

No recuerdo el momento exacto que determiné que la docencia era lo que quería hacer. Creo que fue una decisión que tomo algunos años. Consideré seriamente ingeniería y derecho, pero me alegro de que haya perseverado en ser profesor porque sinceramente no puedo imaginarme haciendo otra cosa con mi vida. Cloe quería que fuera profesor universitario de inglés o literatura y muchas veces me animó a continuar mis estudios de posgrado. Sondeé la posibilidad solo para agradecerle, pero las veces que lo contemplé me aturdían un sentimiento de ineptitud, y una apatía a la idea de volver a estudiar.

Había hecho una costumbre de llamar a Cloe en mi hora de almuerzo. Breves llamadas, no más de cinco minutos. Nos preguntamos cómo va nuestro día, si hay algo nuevo; a veces nos recordamos responsabilidades y encargos, no te olvides de pagar el cable, necesitamos café, los remedios. Un silencio mutuo es la señal de que la conversación ha terminado.

Hoy he olvidado llamarla. Me siento culpable. Para sentirme mejor conmigo mismo me recuerdo que Cloe todavía

sigue enojada por los putos remedios, de modo que mi llamada hubiese sido ignorada de todas formas.

Generalmente, tan pronto dan las cuatro, soy uno de los primeros profesores en salir. La gran mayoría de la facultad aprovechan unos minutos para conversar y chismear sobre algún estudiante problemático o para ponerse al tanto de las trivialidades de sus vidas privadas. Hoy, seré el último que se irá a casa. Me quedó en la sala por un rato. Mis alumnos ya se han ido. He hecho un esfuerzo descomunal por parecer concentrado y dinámico en el contenido de la lección: el pasado simple. No sabría decir si los alumnos pudieron captar mi *bullshit*. Aunque dudo que les importe realmente. No olvidé recordarles que debían memorizar los verbos irregulares del capítulo 5 para la próxima clase. Reclamaron como esperaba, pero se lo merecen por bocazas. ¡Flojos de mierda!

Le he dicho a Cloe que siento que soy yo el más dispuesto a resolver las diferencias. Se lo dije con un tono de resentimiento. Es ella la que continúa actuando como que todo está perdido, y que yo no percibo, a pesar de que lo intento, que ella le ponga empeño, ni siquiera un esfuerzo ridículamente pequeño. No hemos hablado de separarnos y eso al menos me alivia en una extraña manera. Sería lo último que consideraría. Amo a mi esposa y lucharía por ella hasta la muerte. Me gustaría creer que ella siente de la misma manera, pero no soy estúpido, o quizás soy uno de esos fatalistas insoportables. No significo para Cloe lo que ella significa para mí. Me quedo mirando su foto que tengo como salvapantallas en el celular. Se la había tomado una mañana de domingo mientras desayunábamos. Ella leía el diario concentrada mientras yo la miraba en silencio. Se había llevado la mano a los labios para impedir que los trozos masticados de tostada se le escaparan por la boca. Me gusta la vulnerabilidad de la imagen. Además, se ve encantadora con su pelo recogido que descubre su largo cuello.

Son las 4:30. Cloe estaría en la oficina por otras dos horas más. Marco su número y espero. Golpeo las puntas de los dedos en la mesa mientras escucho el teléfono marcar la llamada. Cloe finalmente contesta. Le saludo y le pregunto cómo está. Me responde apurada y me informa que está muy ocupada. Me advierte que debo ser breve. Puedo oír en el fondo el ruido de una oficina agobiada con trabajo; teléfonos sonando, fotocopadoras escupiendo papeles, fax iniciando una orden, voces, risas. Le pregunto directamente si quiere cenar en La Taberna Della Piazza, el restaurante italiano en Iruñazabal. Hay una pausa. Inmediatamente intuí que Cloe está pensando en algún pretexto para decirme que no puede.

–Tengo mucho trabajo Damián. Lo siento. ¿Por qué no le dices a Pedro?\_

–Porque quiero cenar contigo. \_

–No puedo. Tengo que trabajar. \_

–¿No puedes hacer una excepción esta noche?

–Lo siento –dice. \_

–Yo cuelgo.

Pedro Cook es profesor de matemáticas. Tiene ya cinco años en la facultad del colegio St. Paul. Es el hombre más alto que he conocido en mi vida y quizás uno de los más brillantes. Tiene una agilidad mental sobresaliente, capaz de resolver operaciones aritméticas complejas en cuestión de segundos. Se divorció de su exesposa hace ya un año por diferencias irreconciliables. Según él está en la mejor etapa de su vida porque no lo atan el compromiso del matrimonio y se siente un hombre más maduro. Vive lo que él llama *operación follar*, y le gusta decirlo plagiando un mal acento español. Cuando se le pregunta de qué se trata, él lo explica como un acto puramente narcisista.

Han sido años trabajando juntos en el colegio. Nos vemos a menudo cuando nos juntamos por unos tragos, almorzamos de vez en cuando, vamos al estadio ocasional-